

Dignos de ser humanos

R. Bregman

Un músico desconocido llamado Jean-Jacques Rousseau fue dando un paseo hasta la prisión de Vincennes, a las afueras de París. Iba a visitar a su amigo Denis Diderot, un filósofo pobre encerrado entre rejas por una broma sobre la maîtresse de un ministro. Rousseau hizo un alto en el camino para descansar y se sentó a la sombra de un árbol a hojear la última edición del Mercure de France. Entonces ocurrió algo que cambiaría su vida. Su mirada se detuvo en un anuncio. Era una convocatoria de la Academia de Dijon para un concurso de ensayos sobre el siguiente tema:

¿Ha contribuido el desarrollo de las artes y las ciencias a una forma de moral más elevada?

Rousseau supo la respuesta de inmediato. “En el momento en que leí ese anuncio”, escribiría más tarde, “vi un universo distinto y me convertí en otro hombre”. De pronto se dio cuenta de que la civilización -la sociedad civil- no era una bendición, sino un veneno. Justo en aquel momento, cuando iba a visitar a un amigo inocente encerrado en la cárcel, comprendió que “el hombre es bueno por naturaleza, y que son ese tipo de instituciones las que nos corrompen”.

Su ensayo obtuvo el primer premio.

Durante los años siguientes, Rousseau se convirtió en uno de los filósofos más importantes de su tiempo. Y debo decir que sigue siendo un placer leer sus escritos. Rousseau no solo fue un gran pensador. También tenía una pluma excelente. Veamos, como botón de muestra, este mordaz pasaje sobre la invención de la propiedad privada:

El primer hombre que cercó un terreno y se atrevió a decir: “esto es mío”, y a continuación encontró a gente lo bastante ingenua como para creerlo, fue el verdadero fundador de la sociedad civil. Cuántos crímenes, guerras y asesinatos, cuántos horrores y desventuras se habría evitado la humanidad si en aquel momento alguien hubiera arrancado las estacas o cegado el foso y hubiera advertido a los demás: “¡Guardaos de prestarle los oídos a ese impostor! ¡Si algún día olvidamos que los frutos de la tierra nos pertenecen a todos y que la tierra misma no es de nadie, estamos perdidos!”

Según Rousseau, todo se echó a perder en el momento en que el hombre creó la sociedad civil. La agricultura, la ciudad y el Estado no nos habían liberado del caos y la anarquía, más bien nos habían

esclavizado y condenado a una vil existencia. Y la invención de la escritura y la imprenta no habían hecho sino empeorar las cosas: “Por culpa de la imprenta”, escribió, “las peligrosas ideas de Hobbes (...) perdurarán en el tiempo.”

Antes todo era mejor. Rousseau creía que en nuestro “estado natural”, cuando aún no había reyes ni burócratas, éramos seres compasivos. Ahora, sin embargo, nos habíamos convertido en unos egoístas y unos cínicos. Antes éramos fuertes y estábamos sanos. Ahora carecíamos de estímulos y descuidábamos nuestro cuerpo. La civilización había sido un gran error. No teníamos que haber renunciado nunca a nuestra libertad.

Con ello, Rousseau sentó la base filosófica de un argumento que repetirían miles, no, millones de veces a lo largo de la historia anarquistas y agitadores, rebeldes y ácratas: “Dadnos la libertad, o todo irá mal”.

1. ¿Somos sociales por naturaleza?

2. ¿Cómo es la vida fuera del estado? ¿Por qué?

3. ¿Por qué existe el Estado? ¿Para qué sirve?